

El poeta completa su pensamiento. Y agrega que si los gatos entonan la cantilena sollozante del deseo, cierra los oídos al engañoso laúd, cuida sus narices, inocentes de toda lujuria y defiende el pudor de los gatos.

Hay en este bello libro un ángel de las sastrerías, un encuentro en un jardín con sus grandes extensiones de parque vivo, la visión de un morir deseado, un no poder y un no querer hacer nada.

Armando Uribe ordena el último poema de su obra. Para ello va a subirse a una montaña, en donde serpentea un río inexistente. Un pez sorprendido en su refugio entonará el ditirambo, pronunciará frases que nadie entiende, que todos quieren no escuchar. Y así habrá de cerrarse este *Engañoso laúd*.

Se termina su lectura. En el alma queda un no sé qué de angustia, algo así como el esbozo de una sonrisa de suma complacencia.

¿Acaso hemos leído un laúd engañoso?

Creo que Armando Uribe Arce es un poeta de finas calidades. Hace versos sin recurrir a las sombrías metáforas. Su pensamiento es claro. Toda alhambra retórica habrá de ser levantada como resonancia. Las cuerdas de su laúd han vibrado armoniosamente. Su temática, las soluciones de sus poemas anuncian a un poeta con tienda aparte. Difícil sería hallarle parecido con otros poetas nacionales de la hora actual. ¡Que de su laúd se desgranen nuevos cantos de amor, originales vivencias, fugas de humor, reacciones frente a la vida que pasa, viñetas que son la traducción poética de estados emocionales!—V. M.



“EL ANZUELO DE DIOS”, de *Hugo Lindo*. Zig-Zag. Santiago de Chile, 1956

Hugo Lindo, hasta hoy conocido especialmente como poeta y cuentista, acaba de realizar una faena de indiscutible trascendencia en la historia del género novelesco salvadoreño. Podría decir el crí-

tico que *El anzuelo de Dios* es la primera novela de calidad literaria que aparece en El Salvador y, aunque pecara de exageración, valdría el aserto por lo que en él se encierra de justo elogio y exaltación de los méritos de un buen novelista. ¿Qué milagro ha producido, sin mayor obra preparatoria, esta novela de firmes contornos estéticos, de honda psicología, de pensamiento clave y estilo personalísimo? No hay en la tradición novelística salvadoreña nada que la explique: no se hallan sus raíces en un pasado literario de amables costumbrismos ni en el preciosismo exótico de los modernistas centroamericanos. En Guatemala, bajo la sombra de buho de Arévalo Martínez, sí la comprendiera el lector y la aceptaría sin grandes exclamaciones. Pero en El Salvador no tiene antecedentes. Nada la une al simbolismo regionalista de Salarrué —cuya obra es en sí una escuela literaria sin posibles imitaciones ni continuaciones, perfecta en su propia limitación— ni al lirismo algo trasnochado, aunque sincero, de Alberto Guerra Trigueros, ni a la criolla exuberancia de Arturo Ambroggi. Hugo Lindo inicia su propia tradición. Con su libro empieza la novela moderna de su patria.

Concebida en márgenes de estricta valoración artística, su obra pone en juego todo el caudal de observaciones y experiencias que el autor ha venido reuniendo en un estudio a fondo de la novelística contemporánea. La técnica no es nueva: Hugo Lindo desarrolla dos tramas simultáneamente, una en El Salvador, la otra en Chile. En El Salvador sitúa la figura de un líder revolucionario deshecho, moral y físicamente, y la imagen de su joven esposa, presa en las amargas circunstancias de un matrimonio sin hogar, sin hijos y, a la postre, sin amor. En Chile, se trata de un comerciante, solterón, frío, indiferente, quien, al torcer el recodo de los cuarenta años, pone toda su vida —su espantosa rutina— en tela de juicio y la ve estallar en mil pedazos bajo el impacto de un sórdido lío amoroso y bajo el ácido de una filosofía del tiempo inspirada por un par de personajes excéntricos, mitad símbolos, mitad humanos. Justo a las tres cuartas partes de la novela, en la página 149, los hilos de las dos tramas comienzan a unirse y, paulatinamente, se van entrelazando hasta for-

mar al final un complejo y apretado diseño donde no se notan los nexos y eslabones, confundido el todo bajo la mano experta del virtuoso narrador. El salvadoreño recibe una beca para estudiar asuntos de construcción en Chile; y el chileno llega a conocerle a través de su socio financiero. Establecido el contacto entre los dos personajes, el drama se acelera y todos los pequeños satélites, hábilmente dispuestos a su alrededor, desembocan en un vórtice de violentas e inusitadas pasiones, donde los valores esenciales de la vida se contraponen y desarman para llegar a un punto en que la desesperación impone sin contrapeso la ruina total y la muerte. En tales instantes, con un héroe en el manicomio, una esposa aguardando la criatura de su amor adúltero, el otro héroe escogiendo el método seguro de suicidarse, su mujer decepcionada, indiferente, absorta en su seguridad económica —en una tarde calma junto al océano—, interviene el anzuelo de Dios y los cuatro se dejan pescar para una salvación más o menos eterna. Digo “más o menos”, cuando el autor prefiere no decirlo, convencido como está de que al fin sus criaturas entrevieron la fórmula divina y, posesionadas de su papel, no dudarán ya ni enturbiarán la armonía universal con deslices de mal gusto. Hugo Lindo, el filósofo, cortó la huella natural del novelista. No veo en esto un defecto, sino una condición inevitable del narrar en un plano donde no se admiten las falsificaciones ni los trucos. Como lector, no puedo creer que el final de esta novela —un final feliz— se justifique. Como espectador de una especulación brillante, creo que Hugo Lindo no tenía otra salida. Convenció a sus propios personajes y, aunque sea por un instante —lo necesario para ejecutar una digna retirada de la novela—, les movió a aceptar una solución que, en las profundidades a las cuales él mismo les llevó, más que una solución no puede ser sino una tregua. Y el ciclo en vez de cerrarse ha de comenzar una vez más.

La novela de Hugo Lindo nos ofrece un mensaje de respetable y maduro optimismo. Sobre un fondo de vicio, corrupción, injusticia y cinismo, frente a la mecánica diabólica de la gran ciudad atenazando a sus víctimas con las garras invisibles de la tortura psicológica,

levanta noblemente la visión de un orden sobrenatural en cuya comprensión se juega el hombre moderno su destino. Dice uno de sus personajes:

“Al desayuno, al almuerzo, a las once, a la comida, a la hora del sueño, siempre he pensado en usted y en el libro, hasta llegarme a preguntar si el dejar este volumen en sus manos no haya sido la misión más importante que yo haya traído a la tierra. Puede que sea muy útil para usted, o para otro... Es evidente que es a usted a quien tengo yo que entregarlo, y que este acto sencillo, sencillísimo, que ahora estoy realizando, puede tener una trascendencia que...”

No termina su frase y en la impresión acaso adivinamos que el autor pudiera referirse a su propio libro y hablarnos a nosotros, sus lectores. Otro de sus caracteres exclama en medio de una fiesta: “No quiero hacer profecías... podría parecerle hasta ridículo... se me antojó que el destino de todos los que estamos aquí ha venido conjugándose de una manera sutilísima... y que todos somos actores de un sólo drama...” No vamos a tomar tal cosa en su sentido literal; no está hablando el autor de su trama propiamente, pero sí dirige su observación hacia un plano universal donde los cabos sueltos de la frenética rutina diaria se enlazan y se integran buscando el diseño de Dios. No cabe aquí, en este orden sublime, la desesperación de una responsabilidad al estilo del existencialismo. Hugo Lindo plantea su posición sin equívocos:

“Puede parecer una posición fatalista —explica uno de sus personajes— y, sin embargo, estoy seguro de que no lo es. Creo en la libertad y en la responsabilidad del hombre... como en una conquista posible. Se nos da, yo diría, una semilla de libertad, una semilla de responsabilidad: apenas el elemento indispensable para que nuestro cultivo lo haga crecer. La mayoría de nosotros no se preocupa por lograrlo, y la semilla es llevada y traída por los acontecimientos... Como todo: si no ejercitamos la libertad, la dejamos perecer. O se entumece, se tulle. De ahí que los hombres, libres en potencia, seamos el juguete de fuerzas de toda índole, la mayoría de ellas adversas. Empero, algunas veces esas fuerzas superiores inter-

vienen para corregir nuestras propias caídas. Es lo que llamamos el milagro... Es lo que llamamos la redención... Diría que Dios nos ha echado como peces al gran mar de la vida, y nos deja ir y venir libremente por la superficie y la profundidad. Nos atisban los anzuelos de muchos pescadores diabólicos. Con frecuencia los mordemos y en nuestra boca queda el dolor de la pinchadura... Pero no estamos irremisiblemente perdidos: algún día podríamos morder el anzuelo de Dios..." (página 206).

No obstante la densidad psicológica y filosófica de sus páginas, la novela de Hugo Lingo se deja leer, si no apasionadamente, al menos con preocupada atención. Hay episodios de marcado dramatismo: la flagelación de Renato, por ejemplo, en el capítulo inicial. Un tono esquemático y hondo de sensaciones, como éste, sostenido a través de una narración entera produciría una novela maestra. Hay páginas en que la acción y el escarceo analítico decaen bordeando en lo trivial. Los tres personajes centrales, Renato, Andrés y Dora, especialmente esta última, se destacan nítidamente en su integridad humana. Otros, como Lucrecia Maravilla, don Sebastián y Mr. Smith, no alcanzan jamás una contextura real: una es simple esbozo de caracterización, los otros dos son símbolos manejados demasiado obviamente.

Con la publicación de esta obra, Hugo Lindo se perfila como el primer novelista de su patria y nos da justificados motivos para esperar de su pluma, disciplinada y llena de genuina inspiración, nuevas realizaciones que le aseguren un lugar de prestigio en el panorama de la novela hispanoamericana.—*Fernando Alegría.*

■

"EL VADO DE LA NOCHE", de *Lautaro Yankas*

Hallar en el cauce torrentoso de un río chileno el sitio señalado y pasarlo en pie enjuto, es obra del conocimiento. Hallarlo en la noche requiere algo más: junto al saber del río y de la tierra, del ru-